

Auguste Comte y la Economía Política de su Tiempo

Por Armand CUVILLIER, del Instituto Francés de Sociología.—Colaboración especial para el número de la Revista Mexicana de Sociología con sagrado a honrar la memoria de Auguste Comte. Versión del francés por Oscar Uribe Villegas.

NADIE ignora que Auguste Comte se presentó a sí mismo como fundador de la ciencia social. Es cierto que reconocía tener precursores: Montesquieu y, sobre todo, Condorcet. Pero había sido a él, según pensaba, a quien le había correspondido el asignarle a la sociología su sitio en el sistema de las ciencias positivas y determinar los métodos que le convenían.

Sin embargo, existía, desde hacía mucho tiempo, una ciencia social especial que poseía ya sus tradiciones, sus métodos e incluso sus doctrinas, que había sido bautizada desde 1615 en Francia por Antoine de Montchrestien: la *economía política*, y la expresión había sido adoptada por James Steuart en Inglaterra, en 1767. Comte no ignoraba esta ciencia: conocía —probablemente desde 1815, época en la que colaboraba con su homónimo Charles Comte y con Charles Dunoyer en el periódico liberal *Le Censeur*— las obras de algunos de los mayores representantes de la misma: Adam Smith, Jean-Baptiste Say. Más tarde, estuvo en relación con John Stuart Mill. Asimismo, en la cuadragésimasétima lección del *Cours de Philosophie positive*, coloca la economía política entre —es este el título mismo de dicha lección— “las principales tentativas

filosóficas hechas hasta hoy para constituir la ciencia social" (IV, 118).¹ Pero, aún cuando haga una excepción en favor de Adam Smith a quien califica de "filósofo ilustre y juicioso" de quien alaba "los luminosos análisis relativos a la división del trabajo, al oficio fundamental de las monedas, a la acción general de los bancos" (IV, 140), la economía política, tal y como existía en su tiempo, le parecía manchada aún de una multitud de errores de método que la hacían indigna del nombre de ciencia. Nosotros nos proponemos estudiar aquí las críticas que le hace. Las reduciremos a tres acusaciones fundamentales.

I. La primera de estas acusaciones estriba en que la economía política ha seguido siendo "metafísica". Se sabe lo que Auguste Comte entendía por eso: "el estado metafísico" es ese estado de pura transición del pensamiento humano, intermediario entre el "estado teológico" y el "estado positivo" en el que dominan el pensamiento crítico y el punto de vista personal, el culto de la abstracción y la pretensión —como en el "estado teológico" del que no es "sino una simple modificación" de verdades absolutas y universales.

Comte lo dice en su cuadragésimasétima lección: con la sola excepción de Adam Smith, excepción que se explica según él por los estudios de historia de las ciencias realizados por el futuro autor de la Riqueza de las Naciones que los economistas no podrían reclamar para sí, "toda la parte dogmática de su pretendida ciencia presenta... el carácter metafísico puro y simple, a pesar de la afectación ilusoria de las formas especiales y del protocolo habitual del lenguaje científico" (IV, 140). El símbolo típico de esta pertenencia metafísica es, para Comte, el caso de Destutt de Tracy quien "con ese noble candor que siempre le ha caracterizado", escribió su tratado de economía política como una cuarta parte de sus *Eléments d'idéologie*, entre su Lógica y su Moral.

1º Del pensamiento metafísico, la economía política tiene, en primer lugar, el carácter puramente *crítico* e *individualista*. Comte recuerda aquí la "secta" de los economistas (nombre dado, como se sabe, a los fisiócratas del reinado de Luis XV) "que la especialidad de sus ataques ha debido, dice, investir gradualmente de una influencia muy favorable a la desorganización total del antiguo régimen social" (55ª Lección V. 400). Es, evidentemente, al *liberalismo* de los fisiócratas que fueron.

1 Cito de acuerdo con la edición de Schleicher, Paris, 1908, 6 volúmenes.

los primeros en proclamar el principio de “la plena libertad de la concurrencia”, a lo que Auguste Comte alude. El conviene, por otra parte, en que esta influencia ha tenido una importancia revolucionaria relativamente útil; ha realizado ‘un oficio indispensable’, aun cuando transitorio” (IV, 123) y ha hecho resurgir “la importancia social de la industria en los pueblos modernos”² y “la ineptitud radical de los gobiernos para dirigir el esfuerzo industrial”. Pero fue *solamente* revolucionaria, o sea, “negativa”, destructora. Esto es cierto incluso con respecto a Adam Smith de quien Comte saluda, con todo, “la obra inmortal” Esta doctrina, “el individualismo y el estado de no-gobierno” tiene efectivamente su fuente, según él, en el espíritu protestante (es bien sabido que Comte prefirió siempre el catolicismo, a causa de su carácter social y organizado, al protestantismo, más individualista); “como todas las otras doctrinas críticas”, agrega, “a causa de la preponderancia industrial de las naciones protestantes” (V, 401). En este sentido, la economía política, así como todas las otras partes de la “filosofía crítica”, presenta “su modo especial de sistematizar la anarquía” —entendiéndose por eso, como lo veremos más tarde, la ausencia o falta de intervención de la autoridad en la vida económica: el *laisser-faire*.

Esta “metafísica económica” se ha mostrado tanto más peligrosa cuanto que “su origen y su destino revolucionarios” estaban disimulados bajo apariencias científicas. Apariencias ilusorias, puesto que los economistas, “casi todos salidos de las filas de los abogados y de los literatos”, casi no tenían ninguna formación adecuada y se encontraban, por lo que se refiere a su educación, extraños “a toda idea de observación científica, a toda noción de ley natural, a todo sentimiento de verdadera demostración” (V, 139). Y, por otra parte, a causa de su carácter “esencialmente personal” —que hace que cada autor tenga su doctrina y “ponga incesantemente en duda las nociones más fundamentales” en lugar de emprender, como en las ciencias, la continuación de los trabajos previos— la economía política se reduce a estas especulaciones, que no son “sino una estéril reproducción de controversias siempre renovadas que no avanzan jamás” y que caracterizan las “puras disertaciones teológicas o me-

2 Comte parece bastante mal a los fisiócratas quienes, lejos de otorgarle privilegio a la industria, consideraban a la agricultura como la única verdadera productora. Lo que dice aquí se aplica, sobre todo, a Adam Smith, aun cuando éste esté aun lejos de profesar un *industrialismo* puro.

tafísticas" (IV, 141). A los ojos de Comte, actitud puramente "crítica" y actitud individualista corren parejas.

2º Un segundo carácter del pensamiento metafísico, es la *abstracción*. Se conoce la forma en que, al principiar el *Cours*, Comte la define como el culto de las "entidades", o sea de las "abstracciones personificadas". Pues bien, la economía política también ha caído en este defecto y es por esto por lo que no ha progresado desde Adam Smith. Se agota en "estériles constataciones acerca de las nociones más elementales del *valor*, de la *utilidad*, de la *producción*, etc., y se creería que se asiste "a los más extraños debates de los escolásticos de la edad media acerca de las atribuciones fundamentales de sus puras entidades metafísicas, cuyo carácter adquieren —cada vez más— las concepciones económicas". Comte no parece prever que las controversias acerca del *valor*, en su época están lejos de haberse agotado y ¡quién sabe qué hubiese dicho, por ejemplo, de las teorías que han aparecido más tarde acerca de la *utilidad* marginal! Para él, "las preciosas indicaciones primitivas del buen sentido vulgar" le parece que, en esto, bastan. Da como ejemplo la noción de *producción*. "Todos los hombres sensatos", asegura, les dan un sentido netamente inteligible a las expresiones "producto" y "productor", pero, "desde que la metafísica económica se ha puesto a definir las", estas ideas se han vuelto de tal manera vagas que los espíritus preocupados por la claridad se han visto obligados a "emplear penosos circuitos o rodeos de lenguaje para evitar el empleo de términos que se han vuelto profundamente oscuros y equívocos" (IV, 141-2). Aun aquí, Comte está muy lejos de prever las discusiones a que dará lugar muy pronto esta noción de "producción", las teorías prudhonianas de la "fuerza colectiva" del trabajo y del "error de cuenta" que existe entre el trabajador y su empleador —teorías que hubiera podido conocer—, así como las teorías marxistas del "sobrepuesto" y de la "plus-valía". Quizás hubiera visto más claramente si hubiese leído los Principios de Economía Política de Ricardo (que datan de 1817) o los *Nouveaux Principes* de Sismondi, publicados en 1819; pero, parece haber ignorado unos y otros.

Su desconfianza hacia la abstracción le lleva a condenar —¡a él, un matemático!— el método matemático en economía política y, de una manera general, en sociología. Es bien conocida su hostilidad frente al cálculo de probabilidades en el que creía ver aún conceptos "metafísicos". También, como en la cuadragésima lección (III, 220) en que había criticado la aplicación de la estadística a la biología, declara en la cuadra-

gésimanona (IV, 270) que es “quimérica” —y, en él, esta palabra implica una condenación que no admite apelación posible— en cuanto pretende hacer positivos los estudios sociales subordinándolos a “la ilusoria teoría de las probabilidades”. Critica, a este respecto, la tentativa de Jacques Bernouilli, la matemática social de Condorcet y “la estéril reproducción de tal aberración filosófica incluso en Laplace; anota, asimismo, “la prolongación actual de esta absurda ilusión entre los imitadores subalternos que, sin agregar nada al fondo del tema, se ocupan de repetir, con una pesada verbosidad algebraica, la expresión anticuada de estas vanas pretensiones” (III, 270-1), lo cual pudiera muy bien ser una alusión a las *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des richesses* de Cournot, que acababa de aparecer en 1838.

3º Tercera característica —finalmente— del pensamiento metafísico: ha pretendido pasar por *absoluto* y *universal*. Pues “este espíritu absoluto caracteriza aun esencialmente el conjunto de las especulaciones sociales” que se muestran dominadas “por la consideración uniforme de un tipo político inmutable” (48 lección, IV, 157). Aquí, Comte no hace alusión en especial a las especulaciones de los economistas, pero puede pensarse que hace extensivo lo que dice de la sociología en general, a estas teorías que intentaban descubrir, como lo expresaban los fisiócratas, “el orden esencial y eterno” de la vida económica.

Para él, en efecto, el verdadero método de la sociología y, por consiguiente, de la economía política *debe*, como el de todas las ciencias físicas —la misma sociología es una “física social”— *ser experimental*. Pero, como la experiencia directa es aquí imposible, es “la experiencia indirecta” (*ibid.*, IV, 225) la que en tal caso es aplicable. La forma principal de esta experiencia indirecta, es “el método histórico”; es decir, “la comparación histórica de los diversos estados consecutivos de la humanidad” (*ibid.*, IV, 236-7).

Y, de hecho, si es cierto, como afirma Comte, que el pensamiento positivo se distingue principalmente del pensamiento metafísico como del pensamiento teológico “por una tendencia constante e irresistible a hacer necesariamente relativas todas las nociones que primeramente eran, por el contrario, necesariamente absolutas”, es gracias al sesgo del método histórico como la sociología puede llegar a conseguir esto.

Reconozcamos, sin embargo, que Comte no ha llevado esta idea hasta sus aplicaciones concretas tal y como lo habían hecho los saint-simonianos.

Al colocarse en este punto de vista histórico, éstos no habían tenido temor en cuanto a afirmar que la propiedad, lejos de ser “un hecho invariable”, es, en realidad, “un hecho social, sometido, como todos los demás hechos sociales, a la ley del progreso” y que la misma propiedad “puede, por lo tanto, en diversas épocas, ser entendida, definida y regulada de diversas maneras”.³ Muy por el contrario, Comte responsabiliza a la economía política —a causa de sus orígenes “revolucionarios” y “anarquistas”— de los “peligrosos sueños reproducidos en nuestros días en relación con el tema de la institución fundamental de la propiedad”, los cuales, según asegura él, tienen “en realidad, su fuente, en la metafísica económica” (47 lección, iv, 144 nota); es evidentemente en las críticas saint-simonianas en contra de la propiedad y de la herencia en las que piensa en esos momentos.

Al afirmar la solidaridad de la sociología y, por consiguiente, de la ciencia económica con la historia, Auguste Comte no ha sido en menor proporción —de acuerdo con el testimonio de varios economistas modernos— un precursor del *historicismo*. Por lo menos, su pensamiento muestra, con el de los representantes de la “escuela histórica”, los Roscher, los Hildebrand, los Knies, los Schmoller, etc., una “notable analogía”.⁴

El segundo agravio de Comte contra la economía política de su tiempo, consiste en que ha querido *aislar* los fenómenos económicos de todos los demás fenómenos sociales. En efecto, aun cuando sobrepase a la biología, la sociología —según él— hunde en ella sus raíces y debe conservar de la que la precede en la jerarquía de las ciencias, la noción de *unidad orgánica*, de *solidaridad del conjunto*: “En los estudios sociales, como en todos los relativos a los cuerpos vivientes, los diversos aspectos generales son, de necesidad, mutuamente solidarios y racionalmente inseparables”, y, de este modo, “el análisis económico e industrial de la sociedad no podría realizarse positivamente haciendo abstracción de su análisis intelectual, moral y político, sea en el pasado o sea en el presente” (*ibid.*, iv, 142). En la misma forma en que la idea básica de la

3 *Doctrine saint-simonienne, exposition* (1829). Ed. Bouglé et Halévy. M. Rivière, 1924. 6a. sesión, p. 244.

4 Gide, Ch. et Rist, Ch.: *Histoire des doctrines économiques*. Sirey. Paris. 1a. edición, 1909, pp. 467-8; 7a. edición, 1947, pp. 464-5. Sin embargo —hacen observar estos dos autores— la escuela histórica no hablará, como Comte, de “leyes” ni de “series”. Más recientemente, Daniel Villey, en su *Petite histoire des grandes doctrines économiques*, Presses Universitaires. Paris, 1944, p. 175, declara que las críticas de Comte “anuncian directamente la escuela histórica alemana”.

dinámica social (la teoría del progreso) es la de la solidaridad de las generaciones con relación a las que las precedieron —de donde, precisamente, la necesidad de la historia—, la idea básica sobre la que reposa la *estática* social (la teoría del *orden*) debe ser la noción general de la “solidaridad fundamental entre todos los elementos sociales”, de “este inevitable *consensus* universal que caracteriza los fenómenos de los cuerpos vivientes y que la vida social manifiesta necesariamente en el más alto grado”. Esta parte de la sociología debe tener por objeto “el estudio positivo, tanto experimental como racional, de las acciones y reacciones que ejercen continuamente unas sobre otras todas las diversas partes del sistema social” (*ibid.*, iv, 170-171). Dicho en otra forma, no hay que olvidar jamás que todos los fenómenos sociales son “profundamente conexos” y que “ningún fenómeno social previamente explorado por un medio cualquiera podría ser introducido en la ciencia en tanto permanezca o en tanto se le siga concibiendo de una manera aislada”, y esto tanto en la *dinámica* social como en la *estática*. “Todo estudio aislado de los diversos estados sociales es, por tanto, por la naturaleza de la ciencia, profundamente irracional y debe seguir siendo esencialmente estéril, como ejemplifica nuestra economía política, incluso de ser mejor cultivada” (iv, 185). Pues, al pretender establecer la verdadera ciencia social, los economistas —y los más clásicos de entre ellos en particular— se han esforzado por presentar el objeto de su estudio —se trata aun de una fechoría de la abstracción— “como enteramente distinto e independiente del conjunto de la ciencia política, de la que siempre se preocupan más y más por aislarlo perfectamente” (iv, 138). De este modo, “el reconocimiento general de nuestros economistas acerca del necesario aislamiento de su pretendida ciencia con respecto al conjunto de la filosofía social, constituye implícitamente un involuntario reconocimiento de la inanidad científica de esta teoría” (iv, 142).

Este aislamiento artificial de la economía política reposaba, además, entre sus representantes, en una psicología igualmente artificial, que consistía en aislar también, entre las múltiples tendencias del hombre, el principio del *interés personal*, pues “la irrecusable preponderancia de las inclinaciones personales” no autoriza a “reducir al egoísmo puro y simple todos los diversos impulsos humanos”, a menos que se establezca “una vana unidad ficticia ahí en donde reina necesariamente una gran multiplicidad”, lo cual es propio del espíritu metafísico (55 lección, v, 379-380). Aun aquí, Adam Smith, especialmente por el sitio que había otor-

gado en su moral a la simpatía, había concebido mejor “la naturaleza moral” del hombre y se había guardado bien de “reducir todas las relaciones sociales a las innobles coaliciones de intereses privados” (45 lección, III, 418). Es falso representar al hombre “como ser esencialmente razonador, que ejecuta de continuo, sin notarlo, una multitud de cálculos imperceptibles” y desconocer en tal forma todo el lado afectivo —es bien sabida la forma en que Comte ha de atribuirle cada vez mayor importancia— de la naturaleza humana (*ibid.*, III, 411).

Al ampliar de este modo el horizonte de la economía política, Auguste Comte se encontraba en la línea de evolución futura de esta ciencia. Los economistas contemporáneos no han dejado de rendirle homenaje. Uno de ellos —que en Francia es uno de los artesanos más calificados de esta aproximación entre la ciencia económica y la sociología— lo han dicho claramente: “Adoptar una concepción más amplia de la ciencia económica, análoga a la que defendía hace tiempo Auguste Comte en cuanto la economía política se había condenado a la esterilidad al separarse de la sociología, se impone de hoy en adelante, con una evidencia insoslayable”.⁵

Tercer agravio contra la economía política de su tiempo: “la dimisión solemne” (47 lección, IV, 145), que Comte les reprocha a los economistas que se han desinteresado de los desórdenes sociales.

Aquí, a decir verdad, la posición de la economía política clásica es más ambigua. En la célebre fórmula “Orden y Progreso” en la que resumía su doctrina, Comte, aún cuando haya proclamado la solidaridad de los dos términos, tuvo siempre una tendencia a concederle privilegio al primero. Los economistas pueden reclamar como mérito suyo, según cree él, el de haber puesto el acento en la armonía de los intereses y en no haber estimulado la lucha entre las clases o entre las naciones. Alaba su “afortunada disposición... para representar inmediatamente, en el género menos noble de las relaciones sociales, los diversos intereses humanos como necesariamente solidarios y, por consiguiente, como susceptibles de una estable conciliación fundamental”. Declara que “la sana filosofía” deberá guardar para ellos “un eterno reconocimiento de sus venturosos esfuerzos en la disipación del funesto e inmoral prejuicio que, sea entre individuos o sea entre pueblos, representaba el mejora-

5 Marchal, André: *Méthode scientifique et science économique*. Ed. de Mediscis Paris, t. II, 1955, pp. 108-9.

miento en la condición material de unos como algo que no podía resultar sino de un deterioro correspondiente para los otros" (*ibid.*, IV, 144-145).

Les acusa, sin embargo, de haber confundido la *ciencia* y el *arte*, o sea, la teoría y la práctica. Sin duda "en estados nacientes, ninguna ciencia podría ser cultivada ni concebida en forma aislada con respecto al arte correspondiente" y es asimismo indudable que "tal adherencia debe ser naturalmente tanto más intensa y prolongada cuanto que se trata de un orden de fenómenos más complicado" (4 lección, IV, 3). Pero ése es un estado provisional, y es sabida la insistencia con que, desde la primera lección del *Cours*, Comte subraya la necesidad de darle a la ciencia un "aspecto puramente especulativo"; necesidad de buscar en primer término el conocimiento, establecer previsiones y actuar de una manera racional: "Ciencia, de donde, previsión; previsión, de donde, acción." "Sí —dirá en la 40 lección (III, 147)—, cada ciencia, en su positividad naciente, deriva de un arte, y es asimismo cierto el que no puede adquirir la constitución especulativa que conviene a su naturaleza y llegar a tener un desarrollo firme y rápido sino cuando al fin es concebida directamente y cultivada libremente haciendo abstracción de cualquier idea de arte", y es por esto por lo que afirma, en esta lección, la necesidad de separar la fisiología del "arte médico". En la misma forma, la "política positiva" debe ser distinta de la sociología, constituida finalmente dentro del estado de ciencia positiva. Y, los economistas no han hecho esta distinción: entre ellos, —, acerca de este punto no podría desmentirse a Auguste Comte— las consideraciones prácticas y normativas se mezclan incesantemente con las consideraciones pretendidamente científicas.

Pero, por una singular aberración, este "arte" de la política económica se ha presentado entre ellos bajo una forma puramente negativa y es por esto por lo que Comte, como hemos visto antes, les reprocha el haber sido los sostenedores de "la anarquía". "Dejar hacer, dejar pasar", tal ha sido, de acuerdo con la célebre fórmula del liberalismo clásico, su única actitud práctica. Pues, si hay una "economía instintiva" que ha ligado espontáneamente el interés privado al interés público y que, en este dominio como en todos los demás, ha suplido la falta de una práctica racional en cuanto faltaba aun el reconocimiento positivo de las leyes naturales, tal orden resulta manchado a causa de una "profunda imperfección", consecuencia de un "defecto radical de sistematización racional", y los pocos "resultados afortunados" que pueden observarse en cuanto a esto, derivan, en realidad "de cálculos personales en los cuales no se

manifiesta sino con exceso la acción primitiva de los instintos de astucia y de ávidez propios de esclavos emancipados". Es cierto que en las sociedades industriales se constata el que la tendencia al trabajo, tan opuesta a "la aversión primitiva del hombre por la vida laboriosa" reemplaza poco a poco el uso directo de la fuerza, pero, esta nueva tendencia necesita, como todas las demás, "ser, por fin, convenientemente regularizada" (56 lección, VI, 39-40). La economía política clásica siempre ha estado dispuesta "a no admitir sino el grado de orden que se establece por sí mismo", y a impedir así "la institución de cualquier disciplina industrial" (47 lección, IV, 145). Esta tendencia se explica aun, por otra parte, a los ojos de Comte, por la afinidades de la economía política con el espíritu protestante: "En razón incluso de su acción negativa, la influencia protestante ha debido secundar, en las poblaciones correspondientes, el impulso gradual de la industria, en cuanto debía depender sobre todo del más libre de los desarrollos posibles de la actividad personal" (VI, 67), y Comte cita aquí el ejemplo de Holanda y de Inglaterra. Pero se trata de una situación ya superada en la actualidad.

Comte no desconoce, por ejemplo, las ventajas de la división del trabajo, que mostrara de un modo tan adecuado Adam Smith. Llega incluso a decir que esta descomposición del trabajo en gestos elementales que exigen una atención sostenida —indudablemente—, pero más fácil, corresponde a "la mediocridad mental que caracteriza inevitablemente a la inmensa mayoría de nuestra especie" (VI, 35). Pero, reconoce también "ciertos inconvenientes graves de una división exagerada del trabajo material" que "algunos economistas" han señalado por sí mismos, como son los que hacen que el obrero esté "ocupado exclusivamente, durante toda su vida, en la fabricación de mangas de abrigo o de cabezas de alfiler" (50 lección, IV, 317-318).

Comte no comparte, en efecto, el optimismo imperturbable de los economistas liberales. Hacia el final de la 56a. lección (VI, 176), señala "las graves lagunas de la evolución industrial", especialmente en la desproporción que existe entre el desarrollo de la industria" y el mejoramiento de la condición humana en la mayor parte de las poblaciones modernas, principalmente urbanas". Cita, a este respecto, las conclusiones del historiador inglés Henry Hallan quien ha establecido "que el salario de los obreros actuales es notablemente inferior, con respecto al precio de las mercancías más indispensables, que el de sus predecesores del XIV y del XV", y menciona entre las causas probables de "este triste resulta-

do”, la extensión del lujo, el empleo creciente de las máquinas, la concentración cada vez mayor de los obreros.

Señala particularmente las perturbaciones “del modo actual de existir de las clases laborantes”, debidas al maquinismo. “Frente a las justas y urgentes reclamaciones” que provocan, nuestros economistas, “en lugar de ver en ellas el índice de una de las aplicaciones capitales y más apremiantes de la verdadera ciencia política . . . no saben hacer otra cosa que no sea repetir con una despiadada pedantería su estéril aforismo de libertad industrial absoluta.” Alegan que al cabo de un cierto tiempo, estas perturbaciones pasajeras desaparecerán dando lugar a un mejoramiento real y permanente. Comte no lo niega, pero recuerda, con razón y justicia, que el factor *tiempo*, cuando se trata del hombre, es de una importancia capital: “Respuesta verdaderamente irrisoria”, la de los economistas —dice— en la cual “parece olvidarse que la vida del hombre está muy lejos de tener duración indefinida”. Los copistas de la antigüedad que tuvieron que sufrir la revolución que representó la imprenta ¿se hubiesen sentido aliviados por la idea de que, a partir de la siguiente generación habrían de ser tantos como ellos los obreros que vivieran de la tipografía y que incluso llegarían a ser más aun, después de algunos siglos?” “Tal es, sin embargo, el consuelo habitual que procede especialmente de la economía política actual.” Esta no hace, en esta forma, otra cosa que no sea manifestar su “impotencia social” y su “inquietud para dirigir el impulso y desarrollo industriales de las sociedades modernas” (47 lección, iv, 145-146).

Comte, por el contrario —aun cuando mantenga la “necesaria” distinción entre obreros y patronos, puesto que, como dice “no existen ejércitos sea que les falten oficiales o que carezcan de soldados”, y esta noción elemental le conviene “tanto al orden industrial como al orden militar” *Discours sur l'ensemble du positivisme* (p. 168)—, demanda un estado de cosas en el cual “el control de la riqueza estará organizado, ejerciéndose una acción especial sobre la vida de los jefes de industria”, y en el cual “los conflictos de trabajo se resolverán pacíficamente” (*ibid.*, p. 176). Importa hacer notar, en efecto, que, aun cuando afirme la existencia de leyes naturales, en el dominio de los fenómenos sociales como en todos los restantes, Comte no concluye de ello para nada la imposibilidad que el hombre tenga para intervenir en ellas eficazmente. La filosofía positiva enseña que, en todos los órdenes de fenómenos, “se establece espontáneamente un cierto orden necesario, pero sin pretender jamás

que este orden no presenta graves y numerosos inconvenientes, modificables hasta cierto punto por una sabia intervención humana". En eso, como en muchas otras cosas, es el conocimiento de las leyes el que permite esta intervención y, por otra parte, si "en virtud de su complicación superior, los fenómenos sociales deben ser necesariamente los más subordinados de todos", son también, al mismo tiempo, a causa de esta misma complicación, "los más modificables" (48 lección iv, 180). Entre más complejo es el determinismo, presenta mayores asideros a la acción humana.

Es tiempo de terminar. Auguste Comte quizás haya sido injusto al acusar a la economía política —incluso a la de su tiempo— de completa "esterilidad". Reconozcamos, por otra parte que, sobre todo a partir del día en que resolvió linitar sistemáticamente sus lecturas, no tuvo ya sino un conocimiento incompleto de ella, y que no parece haber entrevisto la existencia de ciertos problemas que habían de ser ampliamente discutidos más tarde e incluso hasta nuestros días.

Puede decirse, sin embargo, que, en varios puntos, sus críticas presentan una actualidad real, en cuanto anuncian ciertos rasgos de la evolución ulterior de la ciencia económica. Substitución de un método positivo, concreto, histórico utilizado en vez del método "metafísico" o sea, abstracto, arbitrario, intemporal de la economía clásica; —integración de la ciencia económica a la sociología y necesaria consideración de la totalidad de móviles que guían la actividad del hombre; —utilización de la teoría económica, mantenida sin embargo, en el plano especulativo, para una intervención y una acción práctica eficaces sobre la realidad económica viva— tales fueron los tres puntos principales en los que Auguste Comte nos parece que hizo su aportación de nuevas ideas. Y estos tres puntos nos parece que pueden referirse, en definitiva, a un propósito central y verdaderamente esencial: el reconocimiento del carácter *humano* de los fenómenos económicos. Un economista contemporáneo lo ha dicho: "Al plantear la unidad de la ciencia social y decidir que la economía política no permite que se le aise de la sociología, Auguste Comte afirma a la vez el carácter *colectivo* y el carácter *humano* de los hechos económicos."⁶ Las dos afirmaciones están, en efecto, vinculadas. La sociología, al poner de manifiesto el carácter *total* de los hechos económicos y al romper la psicología estrecha del interés personal; al ligar, como decía Comte, el

6 Villey, Daniel: *Petite histoire des grandes doctrines économiques*. Ob. cit., p. 182.

análisis económico al análisis “intelectual, moral y político” de la sociedad, restituye a la vida económica su carácter humano que había desconocido en forma tan extraña la estrecha e inhumana “crematística” de los economistas clásicos.